

joven por una diablura que le perdono 'de todo corazón!

—No puedo negaros nada, querido Gilberto—contestó con aire risueño;—le hago gracia de las supuestas esposas. Me atrevo á esperar que me lo tendréis en cuenta.

—Mil gracias; pero aún hay más: las flores de que le privasteis...

—¡Dios mío! puesto que así lo queréis, le devolveremos sus flores, y para complaceros, me contentaré con que os pida perdón en toda regla.

—¡Que me pida perdón!—exclamó Gilberto consternado;—¡ese será para él el mayor suplicio!

—Lo dejaremos á su elección—dijo secamente el conde.

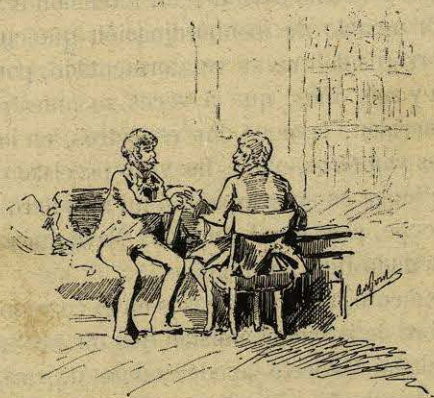
Y como Gilberto insistiera:

—¡Por esta vez, pedís demasiado!—añadió en un tono que no admitía réplica.—Es cuestión de principios y sobre esos no transijo.

Gilberto comprendió que en interés del mismo Esteban, debía desistir; pero comprendió también hasta qué punto iba á padecer el orgullo del joven, y se maldijo mil veces por haber hablado.

Llamaron á la puerta.

—¡Entrad!—gritó el conde con ronco acento; y Esteban se presentó seguido de Iván.



XI

ESTEBAN se quedó en pié en medio del aposento. Estaba más pálido que de costumbre y tenía los ojos bajos; pero su apostura era digna y afectaba un aire de resolución excepcional en presencia de su padre. El conde permaneció silencioso unos momentos, contemplando con dura mirada el cuerpo esbelto y delicado de su hijo, su talle de exquisita elegancia, sus facciones finas y delicadas á las que servía de marco su cabellera de color rubio-oscuro. Jamás la belleza de su hijo había llenado el corazón de aquel padre de mayor amargura. En cuanto á Gilberto, no tenía ojos sino para mirar una ligera mancha negra que acababa de percibir por vez primera en la tez mate y unida de Esteban: era como una mosca casi imperceptible colocada debajo de la comisura izquierda de la boca.

—Este es el lunar—pensó; y creía oír la voz del sonámbulo gritando en el silencio de la noche:

—¡Quitad ese lunar! ¡me hace daño!...

Estremeciéndose á este recuerdo, estuvo á punto de lanzarse fuera de la habitación, pero una mirada del conde

le puso sobre sí: hizo un esfuerzo enérgico para dominar su emoción, y con los ojos fijos en la ventana, contemplaba la lluvia.

—¡Una pregunta, ante todo!—dijo de pronto el conde dirigiéndose á su hijo;—hacedme el favor, caballero, de decirme cuánto tiempo pasasteis en lo que vos llamáis vuestra prisión, pues yo no lo recuerdo.

El rostro de Esteban se cubrió de vivo carmín; vaciló un momento y luégo contestó:

—Pasé en junto quince horas, que me parecieron largas como quince días.

—¡Ya lo veis!—dijo el conde mirando á Gilberto.—Ahora, continuó, vamos al caso: ha ocurrido esta mañana aquí una escena en alto grado inconveniente. Fritz, mi ayuda de cámara, al presentarse en la habitación de mi secretario, que es al mismo tiempo mi amigo, se ha permitido decirle, por tres veces: «¡Buenos días, camarada! ¡Camarada, buenos días!»

Al oír estas palabras, los labios de Esteban se contrajeron ligeramente como próximos á sonreír; pero la sonrisa no llegó á ser perceptible.

—Mi historieta os divierte, al parecer—prosiguió el conde irguiendo la cabeza.

—Lo que me divierte es la increíble necedad de Fritz, —contestó Esteban.

—Su necedad me choca menos que su insolencia—repuso el conde;—pero, en fin, no disputaré sobre las palabras, y me alegra que desaprobéis su conducta. No debo ocultaros que ese belitre ha intentado hacerme creer que había obrado así por orden vuestra, y ya me disponía á castigaros con extremada severidad. Veo que ha mentido, y no me queda que hacer sino expulsarle vergonzosamente.

Gilberto temía ya que la veracidad de Esteban sucumbiera en el lazo que le tendían; pero el joven no titubeó un instante.

—Yo soy el culpable—contestó con firmeza—yo, quien debe ser castigado.

—¡Cómo!—exclamó M. Leminof;—¡mi hijo entregado á los únicos recursos de su ingenio, ha concebido esa idea verdaderamente feliz!.. La invención es admirable y honra vuestro talento... Pero si Fritz no ha hecho más que ejecutar vuestras sublimes concepciones, ¿por qué os burláis de su necedad?

—¡Oh! ¡qué necio!—repuso Esteban animándose—¡oh! ¡qué borrico! ¡cómo ha echado á perder mi idea! Yo no le había ordenado que llamase camarada á M. Savile, sino que le tratara como á camarada suyo, lo cual es muy distinto. Desgraciadamente no tuve tiempo para detallarle mis instrucciones, y el necio no me ha entendido; pero en fin, ha hecho lo posible para ganar en conciencia su propina. ¡Pobre hombre! hay que perdonarle. Lo repito, yo soy el único culpable, y el único merecedor de castigo.

—¿Y se puede saber, caballero—dijo el conde—qué fin os proponíais haciendo insultar á M. Savile por un subalterno?

—Quería humillarle, causarle disgustos, obligarle á que se marchase del castillo.

—¿Y por qué motivo?

—¿Por qué motivo? ¡porque le odio!—contestó con sombrero acento.

—¡Siempre exageraciones!—replicó el conde fisgándose.—¿Cuándo lograréis libraros, caballero, de ese detestable hábito de extremar perpetuamente la expresión de vuestro pensamiento? Que no pueda yo grabar profundamente en vuestra imaginación las máximas que profesaban respecto al particular dos hombres de igual talento: M. de Metternich y Pigault-Lebrun! El primero de esos hombres ilustres solía decir que los superlativos son el sello de los tontos; y el segundo ha escrito estas inmortales palabras:

«Todo lo exagerado es insignificante.»

Luégo, extendiendo el brazo:

—¡Odiar! ¡odiar!—exclamó—poco cuesta decirlo. ¿Sabéis acaso lo que es eso, odiar? Vos podéis conocer el pesar, la cólera, la envidia, la antipatía, la aversión, todo eso, sí; pero el odio! el odio!... No tenéis derecho á pronunciar esa terrible palabra... ¡Oh! qué tarea tan ruda la del odio! es un suplicio de cada momento, es una cruz de plomo que se lleva áuestas, y para soportar su peso sin desfallecer, son necesarios hombros más robustos que los vuestros!

En este momento, Esteban se atrevió á mirar de frente á su padre. Levantó lentamente los ojos hacia él, inclinándolo atrás la cabeza. Su mirada significaba: «Tenéis razón, os creo, bajo vuestra palabra; entendéis eso mucho mejor que yo...» pero el semblante del conde era tan terrible que el adolescente cerró los ojos y recobró su primera actitud. Un ligero temblor agitó su cuerpo todo. El conde advirtió que acababa de extralimitarse, y regolfando la amarga oleada que á su pesar le subía de las entrañas á los labios:

—Por lo demás, mi buen amigo es la persona menos odiable del mundo—prosiguió con acento tranquilo.—Juzgad, sino: hace poco defendía vuestra causa con tanto calor, que me ha arrancado la promesa de no castigaros por lo que ha tenido la bondad de llamar una simple travesura. Hasta me ha exigido que os devuelva las flores, que, según él, constituyen vuestras delicias, y antes de una hora Iván las habrá transportado á vuestro aposento. Para terminar, cuanto reclama de vos son dos palabras de excusa. Convenid en que no cabe encontrar un carácter más acomodaticio, y que no esperabais saldar tan fácilmente vuestra cuenta.

—¡Excusas!... á él!...—exclamó Esteban con un gesto de horror.

—¡Vaciláis!... ¡Oh! eso es demasiado! ¿Deseáis volver á visitar cierto cuarto algo sombrío?

Esteban se estremeció; temblaron sus labios.

—Por favor—exclamó—imponedme cualquier otro castigo, pero no el que decís! ¡Oh! no! no quiero volver á aquel horrible cuarto! ¡Oh! os lo suplico, privadme de mis paseos habituales durante seis semanas, durante seis meses; vended á Solimán, hacedme cortar el cabello, rapadme la cabeza... Todo, sí, todo, antes que volver á poner los piés en aquel horrible calabozo! Me moriría, ó me volvería loco! ¿Supongo que no queréis que me vuelva loco?

—Cuando á los diez y seis años se tiene la desgracia de creer todavía en aparecidos y fantasmas—repuso el conde—debería uno ocultar con cuidado tan ridícula debilidad.

Un temblor general recorría el cuerpo de Esteban. Dió algunos pasos tambaleándose, y cayendo de rodillas ante su padre, se asió á uno de los faldones de su levita.

—No soy más que un pobre niño enfermo—decía—tened piedad de mí! Vos sois todavía mi padre, ¿no es verdad? ¿y yo soy todavía vuestro hijo? ¡Dios mío! ¡Dios mío! estoy seguro de ello, vos no queréis que vuestro hijo muera!

—Terminemos tan ridícula comedia—exclamó el conde rechazando á Esteban.—Yo soy vuestro padre y vos sois mi hijo: es cierto; no hay nadie que se permita dudarlos; pero vuestro padre, caballerito, tiene horror á las escenas dramáticas. Esta ha durado demasiado; acabemos de una vez. Os halláis ya en la posición requerida. ¡Lo más difícil está hecho, lo demás es una bagatela!

—¿Qué decís?—le contestó impetuosamente el joven intentando levantarse.—¡Sólo ante vos me he prosternado! ¡Ah! gran Dios! yo, arrodillarme delante de ese hombre! es imposible!... ¡Ya sabéis que es imposible!...

No obstante el conde, apoyando la mano sobre su hombro, le obligaba á permanecer de rodillas y á volver su rostro hacia Gilberto.

—Yo os digo, que estáis de rodillas delante del hombre á quien habéis ofendido. Así es como todos lo entendemos.

¿Lo entendía así Gilberto? Inerte, impasible, con los ojos fijos siempre en la ventana, parecía enteramente extraño á cuanto en derredor suyo acontecía.

Esteban exhaló un grito de angustia y su rostro se alteró notablemente. Tres veces se esforzó en levantarse; tres veces la mano de su padre pesó de nuevo sobre su hombro y sus rodillas no pudieron despegarse del suelo. Entonces, como anonadado por el sentimiento de su debilidad y de su impotencia, se resignó, y tapándose los ojos con ambas manos, murmuró estas palabras con voz ahogada y convulsa:

—Caballero, cediendo á la violencia... os pido perdón por mi odio...

Aquí le abandonaron las fuerzas, y se desmayó; como un lirio tronchado por el huracán, inclinó la cabeza, y habría caído de espaldas si su padre no hubiera hecho una seña á Iván, quien le levantó como una pluma con sus robustos brazos y lo sacó corriendo del aposento.

El primer cuidado de Gilberto al volver á su torreón fué encender una bujía y quemar la carta de Esteban. En seguida, abrió un armario y empezó á preparar su maleta. Cuando estaba en lo mejor de su tarea, llamaron á la puerta. Sin tiempo más que para cerrar el armario y la maleta, vió aparecer á Iván con un canasto en el brazo. El siervo iba á buscar los tiestos de flores que tenía orden de transportar al aposento de su joven amo. Cargó cinco ó seis en el canasto, y cuando iba á salir, volviéndose hacia Gilberto, le dió á entender, en su jerga tudesca mezclada de francés, que tenía algo importante que comunicarle. Gilberto, malhumorado, le contestó que no tenía tiempo para escucharle. Iván meneó la cabeza con aire pensativo, y se retiró. En seguida Gilberto se sentó á la mesa y en el primer pedazo de papel que le vino á mano, trazó apresuradamente los siguientes renglones:

—«¡Pobre niño! no os dé gran pena la humillación que acabáis de sufrir. Vos mismo lo habéis dicho; habéis cedi-

do sólo á la violencia y vuestras excusas son nulas á mis ojos. Creed que no he exigido nada. ¡Cuánto siento no haber adivinado esta mañana que Fritz hablaba en vuestro nombre! No hubiera hecho caso de la ofensa, porque no se dirigian á mí vuestros insultos, sino á cierto Gilberto de vuestra invención á quien no conozco. ¿Pero de qué os sirve sostener luchas cuyo desenlace se conoce anticipadamente? La mano que poco há se apoyaba en vuestra espalda, es una mano de hierro. ¿Esperáis, acaso, sustraeros tan pronto á su presión? Creedme, someteos á vuestro destino y cansad sus rigores con la paciencia, hasta el día en que podáis atreveros á contemplarle cara á cara, y arrojarle el guante de reto. ¡Pobre joven! el único lenitivo que puedo ofrecer á tu desventura, sería yo muy culpable en rehusártelo. ¡Dame las gracias! mañana será para ti día de júbilo. No pasaré aquí más que una noche; guárdame sólo el secreto durante veinticuatro horas, y recibe la despedida de ese Gilberto á quien no has sabido conocer. Un día cruzó junto á ti, y te miró... y tú creíste leer ofensiva curiosidad en sus ojos. Júrote que estaban llenos de lágrimas.»

Gilberto plegó el billete en cuatro dobleces y lo deslizó en el puño de una de las mangas; cogiendo en seguida la llave de la puerta excusada, fué á apostarse á lo alto de la escalera y aguardó el regreso de Iván. En cuanto oyó sus pasos en el corredor, bajó rápidamente y tropezó con él en la meseta que estaba al nivel de la galería.

—No sé qué hacer—le dijo Iván;—el señorito no se tranquiliza... ha quebrado en mil pedazos los primeros tiestos de flores que le he llevado.



—Id á recoger los otros—le contestó Gilberto, mostrándole la llave que hacía saltar en la mano.—Depositadlos provisionalmente en vuestro cuarto y cuando se halle más sosegado no cabrá en sí de gozo volviendo á ver sus flores.

—¿No sería mejor—dijo Iván—que las guardarais vos hasta que las pida?

—No quiero guardarlas ni una hora más—replicó bruscamente Gilberto; y bajó los primeros escalones de la escalera secreta.

—Puesto que vais á la terraza—le gritó el siervo—no olvidéis, caballero, cerrar la puerta tras de vos.

Gilberto se lo ofreció. «¡Perfectamente!—pensó.—Su recomendación me prueba que el postigo está abierto.» No se equivocaba. Para transportar cómodamente las flores, el siervo lo había dejado entreabierto, después de haber tomado la precaución de cerrar con doble vuelta la puerta principal. Gilberto aguardó á que Iván llegara al segundo piso, y en seguida, volviendo á subir de puntillas, se lanzó en el corredor, le siguió en toda su longitud, volvió á la derecha, pasó por delante de la habitación del conde, dió una segunda vuelta á la derecha, se internó en la galería que conducía á la torre cuadrada, penetró por el postigo y llegó sin tropiezo al pié de la escalera de la torre. Encontró los peldaños llenos de cascotes y restos de plantas destrozadas. Cuando empezaba á subir, oyó grandes voces; por un momento creyó que M. Leminof estaba al lado de su hijo. No por ello desistió de su proyecto; estaba dispuesto á no retroceder. «Rogaré al conde—pensaba—que él mismo lea mi carta de despedida á su hijo.» Llegó á la meseta, atravesó un vestibulo y se introdujo en una larga alcoba oscura, que sólo recibía luz por una gran puerta vidriera que daba á la habitación ocupada habitualmente por Esteban. Esta puerta estaba entornada, y la escena extraña que se presentó á la vista de Gilberto al acercarse le retuvo inmóvil á algunos pasos del dintel.

Esteban, vuelto de espaldas, estaba en pié, con los bra-

zos cruzados sobre el pecho. No hablaba á su padre, sino á dos imágenes de Santos suspendidas en la pared y alumbrados por una lamparilla. Aquellas dos pinturas sobre madera, obra del padre Alejo, representaban á San Jorge y San Sergio. El adolescente les dirigía centelleantes miradas, los apostrofaba con voz encolerizada y trémula, y por intervalos, golpeando el suelo con el pié, restregaba con furor entre sus manos su larga cabellera en desorden. Ilustres santos de la Iglesia de Oriente, ¿habéis oído jamás semejantes conceptos?

—¡Ah! ya sabéis—les decía—cuánto os he amado siempre cuánto os he querido, ensalzado, venerado y adorado. Noche y día os imploré tendiendo hacia vosotros mis brazos suplicantes. Jamás he dejado extinguir la luz de esa lámpara que arde á vuestros piés. Echaba en ella por mi mano, aceite perfumado. Más de una vez me levanté de noche para avivar la moribunda llama. Cometía la locura de creer en vosotros, y gritaba desde el fondo de mi miseria: ¡Oh mis santos patronos, proteged á un pobre niño que no tiene más amparo y defensa que vosotros! «Aguarda un poco—deciais—te visitaremos en tus aflicciones, haremos guardia en derredor tuyo, verás lucir sobre tu frente el brillo de nuestras espadas. Diremos á estas paredes: ¡Caed! y al primer movimiento de nuestros labios, se derrumbarán espantadas...» Y hasta ahora, hipócritas, ¿qué habéis hecho por mí? ¿Dónde están vuestras obras? ¿dónde las pruebas de vuestra compasión? ¿dónde los testimonios de vuestra ternura?... ¡Ah! San Jorge, ¿dónde estabais pues, gran sajador de dragones, cuando hace un momento os invocaba estremeciéndome? Sin embargo, ya lo sabéis; sólo os pedía que me protegíeis con vuestra espada, que me arrancaseis del calabozo de los leones, que me preservarais de las llamas del horno... Y os decía: haced que pueda salir de aquí con la cabeza erguida, con el honor salvo... ¿Por qué no me has escuchado, San Jorge? ¿Era acaso un milagro superior á tus fuerzas verter en mi san-

gre un poco de calma y de valor?... ¡Pero qué digo! Has acudido á mi voz, pero ha sido para combatir contra mí! Sí, en ese momento de suprema angustia, en que prosternado, procuraba en vano levantarme, he sentido



que tú mismo quebrantabas mis rodillas, que tu mano ple-
gaba hasta el suelo mi cabeza inclinada como la de un
corderillo, y que me obligabas á apurar hasta las heces el
cáliz de la vergüenza y de la ignominia. ¡Ah! esa vergüen-
za, apúrala! ¡te pertenece, te la arrojé á la cara!... Escu-
chadme bien, santos pérfidos y embusteros, ¡os maldigo
mil y mil veces! ¡Os maldigo porque tenéis entrañas de

piedra! ¡Os maldigo, porque no sois más que vanidosos
insolentes que mendigáis homenajes, y rechazáis en segui-
da con el pié á los pigmeos que se prosternan ante vos-
otros! ¡Os maldigo, porque os asemejáis á los perros
parásitos y mendicantes, que van de puerta en puerta, pi-
diendo que los halaguen y los rasquen, mordiendo la mano
que los alimentó y acarició! ¡Santos inexorables, en el
inmenso piélago de piedades celestes, no habéis sabido en-
contrar una gota, una sola gota de rocío con que bañar la
frente de un pobre niño que se muere!

Y al decir estas palabras, subióse á una silla, descolgó
de la pared las dos imágenes, las echó al suelo, cogió el
látigo y las azotó afrentosamente. En esta campaña, san
Jorge perdió media cabeza y una de las piernas, y san
Sergio quedó desfigurado por todo el resto de sus días.
Cuando hubo saciado su furor, Esteban los volvió á colgar
de cara á la pared, y apagó la lamparilla; luégo se revolcó
por el cuarto retorciéndose los brazos y mesándose los
cabellos; pero, de improviso se quedó sentado en el suelo
y sacó de su seno un medalloncito en forma de corazón en
el que fijó su vista, prorrumpiendo en llanto, y entre sus
sollozos decía:

—¡Madre mía! ¡no os acuso, no! Nada podéis hacer por
mí; pero ¿por qué me fué dado conocerlos? Acordarse,
acordarse... ¡qué suplicio! Sí, aún creo veros. Cada ma-
ñana me dabais un beso aquí, sobre la frente, á raíz de
los cabellos... Ha quedado la señal... Hay momentos en
que me abrasa. Más de una vez he mirado al espejo si
tenía alguna cicatriz... ¡Oh madre mía! ¡Venid á curar mi
herida, renovándola!... Recibir un beso de una madre,
¡gran Dios! qué delicia... ¡Oh! por un beso, por un solo
beso vuestro, arrostraría mil peligros, daría mi sangre, mi
vida, mi alma. ¡Ah! ¡qué aire tan triste tenéis! Estáis
llorando. ¿Me reconocéis, no es verdad? Estoy muy cam-
biado, sí, muy cambiado; pero tengo siempre vuestra
mirada, vuestra frente, vuestra boca, vuestro cabello...

¡Cómo me gusta vuestro vestido! quisiera tocarlo. Es el mismo que en uno de sus pliegues ocultaba todo mi cuerpo, cuando iba, en mis juegos, á refugiarme á vuestro lado. Me acurrucaba á vuestros piés, posaba mi cabeza en vuestras rodillas y los pliegues del vestido de seda, cubriéndome me ocultaba á todas las miradas. Y vos decíais á los que me buscaban: el pichoncito no está aquí, no sé qué habrá sido de él... ¡Ah! por favor, decidles todavía que no estoy. Decídselo de manera que os crean. No quiero verlos ni oírlos... ¡Madre mía! ¡madre mía! ¿No podríais darme alas para volar hacia vos? Ó á lo menos, os lo suplico, enseñadme el camino de vuestra tumba. Aun al cabo de seis años, ¿no es verdad que las cenizas de una madre entran en calor, cuando su hijo se acuesta en ellas? Allí estaré cerca de vos, muy quietecito, y á los que vayan á buscarme, les diréis: «el pichón no está aquí; no sé lo que habrá sido de él...»

Luégo, levantándose de súbito, Esteban dió con paso vacilante una vuelta por el aposento. Conservaba el medallón en la mano derecha y no apartaba de él sus miradas. De vez en cuando lo alejaba de sí extendiendo el brazo y lo contemplaba fijamente, contrayendo los párpados, ó bien lo acercaba á sus ojos completamente abiertos, le dirigía ternezas, caricias, reproches, lo apoyaba en sus labios, le daba mil y mil besos, lo pasaba por encima de sus cabellos, por sus mejillas inundadas de lágrimas; parecía que quisiese hacer penetrar alguna partícula de aquella imagen sagrada en su sér, en su vida... Al fin, colocándola sobre el lecho, se arrodilló ante ella, y oculto el rostro entre las manos, exclamó sollozando:

—¡Madre mía, madre mía! Hace tiempo que murió vuestra hija. ¿Cuándo llamaréis á vos á vuestro hijo?

Gilberto se retiró en silencio. Una voz que salía de aquel aposento le decía: «Estás aquí de más; guárdate de turbar esta conversación de un hijo con su madre. Los grandes dolores tienen algo de sagrado. La piedad misma los

profana con su presencia.» Bajó por la escalera con precaución. Cuando llegó al último peldaño, extendiendo el brazo en dirección del aposento del conde, pronunció en voz baja estas palabras: «Habéis mentido, bajo esa túnica de terciopelo negro, late un corazón!» Avanzó con paso rápido por el corredor, esperando salir de él sin ser visto, pero en el momento en que se aproximaba al postigo, se encontró frente á frente de Iván, que salía de su cuarto y que, en su sorpresa, dejó caer el canasto que llevaba en la mano.

—¡Vos aquí!—exclamó en tono severo.—Á cualquier otro podría costarle caro...

Luégo, con voz dulce, impregnada de profunda melancolía:

—Hermano—dijo—¿os proponéis, acaso, que nos maten á uno y á otro? Veo que no conocéis al hombre cuyas órdenes os atrevéis á desafiar...

Y añadió, inclinándose humildemente:

—Perdonad que os haya llamado hermano. En mi boca eso no quiere decir camarada.

Gilberto hizo un ademán de asentimiento y quiso alejarse, pero el siervo, cogiéndole por el brazo:

—Felizmente—dijo—el *barine* ha salido, pero, andáos con cuidado; hace dos días que ha entrado en una de sus crisis; tiene una cada año y mientras duran, por la noche desvaría y durante el día su cólera es terrible. Os aviso que la atmósfera amenaza tempestad; no atraigáis el rayo sobre vuestra cabeza.

Luégo, colocándose entre la puerta y Gilberto, añadió con suma gravedad:

—Puesta la mano sobre el corazón, decidme, ¿qué habéis venido á hacer aquí? ¿Habéis visto á mi señorito? ¿Hablaba con su alma? Debéis haber comprendido lo que le decía, porque siempre le habla en francés. No sabe del ruso más que lo necesario para reñirme. Decid, ¿qué habéis oído? Quiero saberlo...

—Tranquilizáos—contestó Gilberto.—Si tiene secretos, no los ha revelado. No se ocupaba más que en quejarse, en reñir á los santos y en llorar. Por otra parte, no creáis que haya venido aquí para espiarle, ni interrogarle. Como está apesadumbrado, quería consolarle comunicándole la agradable noticia de mi próxima partida; pero no he tenido valor para presentarme á él, y además, no estoy bastante seguro ahora de lo que haré.

—Sí, hacéis bien en marcharos—repuso vivamente el siervo;—pero partid secretamente, sin avisar á nadie. Si queréis, os facilitaré los medios. Sois demasiado curioso para permanecer aquí. Respecto á vos se han concebido ya ciertas sospechas que he logrado destruir... Pero... ¡sois tan imprudente!...

Y sacando de su bolsillo la bujía que Gilberto había dejado caer en el corredor la noche precedente:

—Por fortuna —le dijo devolviéndosela — yo la he visto y recogido, y yo, os quiero bien, ya sabéis por qué... Pero antes de moveros de este sitio—añadió con solemne acento —juradme que durante todo el tiempo que permanezcáis en esta casa, no intentaréis volver á entrar en esta galería y que no pasaréis por la otra durante la noche. Os lo advierto, os va en ello la vida...

Gilberto le contestó con un gesto de aprobación, y atravesando el postigo, volvió á su aposento, donde, ya junto á la ventana ó tendido en un sillón, pasó más de dos horas absorto en sus pensamientos. Sacóle de su larga meditación el tañido de la campana. Durante la comida, se habló poco. M. Leminoz estaba grave y sombrío; parecía dominado por una agitación nerviosa que procuraba disimular. El niño estaba más tranquilo de lo que pudiera esperarse después de las violentas emociones que había experimentado; pero notábase algo de particular en su mirada. El padre Alejo era el único que conservaba su semblante de todos los días.

Al final de la comida, Gilberto se sorprendió al ver que

Esteban, que comunmente no bebía más que agua y vino, se echaba tres veces vino de Marsala bebiéndolo de un tirón. El joven no tardó en sentir sus efectos; se le encendió el color, y su mirada adquirió cierta vaguedad. Cuando terminó la comida, miró largo rato los frescos apocalípticos de la bóveda; luégo, volviéndose de repente hacia su padre, se atrevió á dirigirle una pregunta. Era esta la primera vez después de cerca dos años. Tal osadía causó general sensación; hasta el mismo padre Alejo abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Es verdad—preguntó Esteban—que á veces han sido enterradas vivas, personas á quienes se creía muertas?

—Así ha ocurrido, en efecto—contestó el conde.

—Pues qué ¿acaso no hay medios para comprobar la muerte?

—Unos dicen que sí, otros que no. He oído hablar de un hombre helado, cuya autopsia se practicó en un hospital. El operador, al abrir el cadáver vió latir el corazón en el pecho; echó á correr, y todavía dicen que está corriendo.

—Pero cuando uno muere de muerte violenta... por ejemplo, envenenado?

—Soy de opinión que también es posible equivocarse. La fisiología es un gran misterio.

—¡Oh! debe ser horrible—dijo Esteban como hablando consigo mismo—despertarse chocando con la frente en la tapa de un ataúd.

—Ciertamente—contestó el conde — ha de ser muy desagradable.

La conversación no pasó adelante. Esteban parecía muy afectado con las contestaciones del conde. Cesó de dirigir las miradas al techo y las fijó en el plato. Su rostro cambió varias veces de color, y como sintiera la necesidad de distraer sus negras ideas, llenó su vaso por cuarta vez, pero no pudo vaciarlo, y apenas lo hubo tocado con sus labios cuando volvió á dejarlo encima de la mesa con ademán de asco.

Trajeron el thé. M. Lemínof lo sirvió, y dejando enfriar su taza, se levantó y recorrió la estancia en toda su longitud. Después de haber dado dos vueltas, llamó á Gilberto y apoyándose en su brazo, continuó el paseo conversando con él sobre las novedades políticas del día. Esteban no apartaba la vista de su padre, y una viva perplejidad se pintaba en su semblante. De pronto, aprovechando el momento en que daban la vuelta, sacó de su manga un papequito que contenía una corta cantidad de polvo amarillento, y desdoblándolo rápidamente, lo acercó á su taza que estaba llena todavía; pero cuando iba á verter el polvo, su mano vaciló, y advirtiéndolo que su padre y Gilberto daban la vuelta, apresuróse á ocultar el papel. Al cabo de un minuto, lo sacó de nuevo, pero en el momento decisivo le faltó otra vez el valor. Sólo á la tercera el polvo amarillo cayó en la taza, donde Esteban lo disolvió con su cuchara. Este ligero movimiento había pasado inadvertido para Gilberto; pero al conde no se le había escapado nada: tenía ojos en el cogote.

Volvió á sentarse en su sitio y bebió el thé á sorbos. Continuó hablando con Gilberto sin que al parecer se ocupara en lo más mínimo de su hijo, pero no dejaba de observar de reojo todos sus movimientos. Esteban miraba atentamente la taza; su emoción iba en aumento, su respiración era penosa, sentía escalofríos, sus manos se agitaban febrilmente. Después de algunos minutos de espera, el conde se volvió hacia él y fijando en la suya su vista:

—¡Y qué! ¿no bebéis?—le dijo.—El thé frío es muy mala droga.

El temblor del joven se aumentó; su mirada era vidriosa. Volviendo lentamente la cabeza, paseó sus extraviados ojos en torno suyo, por la mesa, por la silla, por la vajilla, por la ensambladura de encina negra. Hay momentos en que el aspecto de los objetos más comunes produce en el alma emoción solemne. Cuando un reo va á morir, la más mínima brizna de paja que divise en el suelo de su en-

cierro parece que le conmueve el corazón... Por fin, reuniendo todo su valor, Esteban levantó la taza y la llevó á sus labios, pero antes de que llegara á tocarla, el conde se la arrebató de un golpe de las manos. Exhaló el muchacho un grito penetrante y se dejó caer en el respaldo de la silla, cerrando los ojos. M. Lemínof le miró un instante con irónica y desdeñosa sonrisa; luégo, fijando su vista en la taza, la examinó con cuidado, la olió, y metiendo la cuchara, sacó del fondo dos ó tres granos amarillentos que frotó y pulverizó entre sus dedos. Entonces con un tono tan tranquilo y tan indiferente como si hablara de la lluvia y del buen tiempo:

—Esto es fósforo—dijo.—Un veneno bastante activo; las cerillas fosfóricas han originado la muerte de más de un hombre... Ya había yo visto vuestro papequito. Creo que la dosis no era bastante fuerte.

Y, mojando un dedo en la taza, lo pasó por la lengua haciendo una mueca desdeñosa.

—Si no me engaño—repuso—todo se hubiera reducido á violentos cólicos. Cometiais una imprudencia; no os gusta sufrir y sabéis que no tenemos en estas inmediaciones más que médicos de agua chirle. ¿Por qué no tardabais algunas horas más? El doctor Paulitch llegará mañana por la tarde.

Y en tono más flemático todavía:

—Uno de los grandes principios de conducta—prosiguió—estriba en hacer bien todo lo que se hace. Luego, cuando uno quiere matarse en regla, no empieza por mantener ante testigos conversaciones de cementerio que puedan despertar sospechas. Además, como esos asuntos requieren mucha sangre fría, no hay que achisparse antes. Malo es, pedirle valor al vino! Es olvidar que la proximidad de la muerte quita la embriaguez. En fin, cuando uno está formalmente resuelto á darse muerte, no hace eso en la mesa, en compañía de otras personas, sino en su aposento, después de haber echado cuidadosamente los cerrojos. En

una palabra, vuestra escenita de tragedia ha fracasado por completo; ni aun siquiera poseéis los primeros rudimentos de tan lindo arte. Os aconsejo que no volváis á las andadas.

Al pronunciar estas palabras, tiró del cordón de una campanilla y llamó á Iván.

—Tu amo ha querido matarse—le dijo;—llévale á su aposento y propínale una poción calmante que le haga conciliar el sueño. Esta noche le velarás, y en adelante cuidarás de que no tenga á mano cerillas fosfóricas. No significa esto que yo sospeche en él un propósito deliberado de matarse; pero ¿quién sabe? Su exagerada vanidad podría terciar en el juego. Luégo, como tiene excitados los nervios, procurarás que durante algunos días haga mucho ejercicio. Si mañana hace buen tiempo, hazle correr todo el día, y por la noche pásale por la terraza. Hay que refrescar su sangre.

Desde el momento en que su padre le arrebató la emponzoñada bebida, Esteban quedó petrificado en su asiento. Con la frente lívida y los brazos caídos, no daba ya señal de vida. Cuando Iván se acercó á él para conducirle á su cuarto, levantóse como impulsado por un resorte, y apoyado en el brazo del siervo, atravesó toda la estancia sin abrir los ojos. En cuanto salió, el conde lanzó un prolongado suspiro de cansancio y de tedio.

—¿No os lo dije ya?—exclamó—dirigiendo á Gilberto una mirada escrutadora:—ese mozalbete se desvive por los golpes de efecto. Apuesto la cabeza á que no tenía el más mínimo deseo de matarse: quería únicamente conmovernos; pero de seguro que si tomó por blanco el corazón sensible del padre Alejo, ha perdido miserablemente su tiempo... Y señaló con el dedo á Gilberto al digno sacerdote, que después de vaciar su taza, se había dormido profundamente en su escabel y durmiendo sonreía á los ángeles.

Gilberto causó una viva y agradable sorpresa al conde respondiéndole con mucha mesura:

—Tenéis sobrada razón, señor conde; no ha pasado de

ser una ridícula monada. Felizmente tengo la seguridad de que nuestro joven trágico no nos obsequiará con la segunda parte de su intentona. En materia de valor, es bueno tener ocasión de ver el fondo del saco: nada más á propósito para curar á un fanfarrón de la necia manía de las baladronadas.

—Decididamente mi secretario se va formando—pensó el conde—tiene blanda la boca y siente la brida...—Y con la alegría que le causó este descubrimiento, conoció que sentía hacia él impulsos de verdadera amistad, de que se creía incapaz. Su sorpresa y su contento crecieron cuando Gilberto repuso:

—Pero, á propósito, ¿persistís en creer, que según Constantino Porphirogéneta, toda la Grecia llegó á ser esclava en el siglo octavo? Sobre esto tengo que haceros nuevas objeciones. Desde luégo, ese famoso Copronymo que cita...

Eran ya las once de la noche cuando se levantaron de la mesa. Fué preciso despertar al padre Alejo, que continuaba durmiendo, con el brazo tendido sobre el plato y la cabeza apoyada en el codo. El conde le dió una sacudida, y él se levantó sobresaltado gritando:

—¡No los toquéis!... ¡Los colores están frescos todavía; la barba de Jacob tiene un color gris tan bonito!...

—¡No se trata ahora de vuestros eternos patriarcas!—dijo el conde con aspecto severo;—mejor hiciérais en ocuparos de la deplorable escena que acaba de ocurrir.

—¿Acaba de ocurrir una escena?—contestó el padre arrojando las cejas.

—¿Todavía, todavía, padre mio? Os hablo de esa taza de thé envenenado...

—¡Virgen santa! ¡el thé envenenado!... ¡Y yo que he bebido, que he bebido tanto!...—Y se tentaba todo el cuerpo como para asegurarse de que todavía estaba vivo.

—Eso ya pasa de raya—dijo el conde fingiendo perder la paciencia...—Veamos, ¿se aclaran ya vuestras ideas? ¡Ah! ¡ya volvéis en vuestro acuerdo!... ¡Pues bien! sabed, que

os hago responsable de lo que acaba de ocurrir aquí, porque, bien mirado, ¿de qué sirven á ese joven vuestras instrucciones pastorales? Por favor, decidme ¿qué clase de catecismo le enseñáis?

—¡Ah! ¡gran Dios! ¿habrá querido envenenaros?—repu-so el padre Alejo con azorado ademán.

—¡Vaya! vuestra suposición carece de sentido común. Lo que me pasma es que miréis una aventura como esta, con tanta sangre fría. ¿Tan venial es, á vuestros ojos, un pecado semejante? Padre mío, esos asuntos son de vuestra incumbencia; medita y pesad cuidadosamente las menores circunstancias; de vos espero consejos y remedios. Una palabra todavía: no le habléis jamás de tan triste historia. Ya me entendéis; en vuestras conversaciones con él evitad cualquiera expresión que pudiera encerrar la más remota alusión á lo que acaba de ocurrir...

Dicho esto, le volvió la espalda, y el buen padre se retiró, moviendo la cabeza con aire pensativo. Preocupábale en sumo grado la perplejidad de verse precisado á dar consejos sobre un asunto que ignoraba y el temor de hacer algún día, contra su voluntad, alguna alusión á un secreto que no conocía.

Antes de separarse de M. Lemínof, Gilberto quiso tener noticias de Esteban. El conde mismo fué á adquirirlas; volvió en compañía de Iván, y Gilberto supo, por boca del siervo, que el adolescente había tomado su poción, y que acababa de dormirse con la mayor tranquilidad.

El complaciente secretario se retiró tarareando una cancióncita. M. Lemínof le siguió con la mirada, y señalándole al siervo con el dedo:

—¿Ves á ese hombre?—le dijo en tono confidencial;—pues figúrate que siento amistad por él. Cuando menos, es el más caro de mis hábitos. Mis sospechas eran absurdas, has hecho bien en combatirlas... Sin embargo, por precaución, ronda por este corredor entre media noche y las dos de la madrugada... Y ahora ven á encerrarme con

doble vuelta en mi aposento, porque me siento amenazado de una recaída. Mañana, por la mañana, á las cinco, vendrás á abrir.

—¡Conde Kostia!—murmuró Gilberto apenas hubo entrado en su rotonda—no temáis que sueñe en dejaros. Suceda lo que quiera, permaneceré aquí. ¡Conde Kostia! ¡oidme bien! ¡vos enterrasteis la sonrisa; pongo al cielo por testigo de que la resucitaré!...

